

Aspectos sensibles de la higiene escolar

Fátima Castilblanco Zeledón¹

INTRODUCCIÓN

Durante este año tuve la oportunidad de compartir con un grupo de personas que realizan su formación académica en la carrera de Pedagogía con mención en Educación infantil. Conscientes de la delicada tarea de facilitar procesos para los más pequeños, en los análisis y reflexiones poco a poco se fue poniendo de manifiesto el tono sensible con el que se desarrollaría la asignatura higiene escolar.

Al iniciar el curso los y las estudiantes compartieron sus reflexiones sobre lo que significa, aborda y comporta la higiene escolar, perfilándose cada vez más el toque especial que conlleva compartir con niños y niñas, el que prevaleció en el abordaje de los diferentes aspectos previstos en el programa. De esas reflexiones lo que inicialmente surgió fueron ideas sobre: “la práctica de hábitos básicos de higiene”, “recursos para promover la higiene personal”, “algunas ideas o experiencias en la práctica para la promoción o protección del cuerpo”. Lo que paulatinamente se fue ampliando.

Como en la asignatura, en este ensayo se realiza un acercamiento a la higiene escolar desde una óptica integral, visualizando aspectos que apoyaran para disuadir la idea de higiene restringida a hechos simples, como actos mecanizados de salubridad. Lejos de menospreciar la preservación de la salud física, la intención es analizar brevemente algunos aspectos sensibles de la higiene escolar, para aproximar sus principales propósitos: promover, preservar y prevenir en salud desde la escuela.

¹ Docente del Departamento de Ciencias de la Educación y Humanidades, UNAN-Managua/FAREM-Estelí.
Correo Electrónico: fatimacastilblanco@gmail.com

La principal finalidad de la higiene escolar es favorecer la salud, por ello partimos de la definición de la Organización Mundial de la Salud: “Salud es el completo bienestar físico, psíquico y social de la persona, y no sólo la ausencia de enfermedad o achaque” (OMS, 1946). En esta definición queda claro que el bienestar del ser humano depende de intrínsecas e intrincadas relaciones biológicas, psicológicas y sociales.

El cuidado de la salud es la principal tarea de higiene, la que durante muchos años se ha concebido como el arte y la ciencia de preservar la salud; constituyendo todas aquellas reglas, rutinas y experiencias que permiten, propician y/o facilitan el bienestar físico, psicológico y social-cultural.

Cuando, en un contexto escolar, se busca el estado de armonía física, emocional y sociocultural que conlleva un buen estado de salud, se implementa mediante estrategias, actividades y acciones que estimulen la higiene escolar.

En la escuela, como en cualquier escenario de la vida, es imposible llegar a un estado de salud física sin tomar en cuenta la salud emocional, dada la integralidad humana y la ya demostrada indivisibilidad del psico-soma, de aquí la necesidad de no obviar aquello intangible sobre todo cuando se trata de seres que se encuentra en una etapa privilegiada, donde las emociones, curiosidad, fantasías, espontaneidad, creatividad y sensibilidad se encuentran a flor de piel, convirtiéndose en los principales aliados para el aprendizaje.

Para quien acompaña, en el proceso de escolarización la principal responsabilidad radica en facilitar espacios para potenciar y optimizar lo que esta fase de la vida ofrece. Tener vivencias escolares sanas es lo que procura la higiene escolar.

En otro momento del curso se comentó la importancia de preocuparse tanto por tener limpias las manos como por cuidar la relación con el otro/a y con

los propios afectos. Algo limpio implica que sea puro, así como pueden ser los niños y niñas. De ahí la delicada tarea de la educación: propiciar, proteger y contribuir a prácticas de vida saludables. Por ello, se puede afirmar que la higiene, la salud y la educación han estado estrechamente unidas, y esta relación puede ser tan diversa porque son producto y parte integrante de la humanidad, de ahí su complejidad.

“Higiene y Educación se buscan, atraen y completan. La Higiene educa, la Educación higieniza; sin Educación no hay Higiene, sin Higiene, la educación es deficiente. La Higiene persigue esencialmente la salud, la Educación tiende a poseer la verdad, ambas por su acción moral, que se llama virtud. (...)” (Borobio, citado por Viñao, 2010)

En higiene se procuran las condiciones apropiadas para facilitar la construcción de aprendizajes, la educación está mediatizada por hábitos, estos por aprendizajes y la vida por las experiencias. Hasta el momento se vislumbra cómo promover y preservar la salud es tarea de la educación desde su perspectiva más amplia, y es un reto concreto de la educación formal que tiene lugar en la escuela.

Cuando escuchamos la palabra escuela se da por sentado que su significado es claro y conocido, sin embargo resultó curioso que al preguntar a los estudiantes sobre: ¿Qué es una escuela?, Cada uno de ellos coincidía en aspectos generales y le atribuía diversas características desde su perspectiva. Lo que nos llevó a pensar que cada persona pueda tener su propia propuesta para definirla, la que no se sustenta precisamente en complejas y extensas teorías. Básicamente, esta concepción depende de las vivencias que cada quien tiene o haya tenido en la misma, razón por la cual no es un término sencillo de definir, ni mucho

menos es algo concluyente, pues cada persona la interpreta y describe en base a su propia experiencia y a lo que le correspondió y pudo vivir en ella.

A nivel teórico existen algunas definiciones del término, las que varían entre sí dependiendo de la inclinación del autor, cuando el reto es definir escuela saludable las posibilidades son mayores. Una de las que procura dejar clara la amplitud de su significado, por la gama interminable de posibilidades, precisamente por ser un lugar de seres humanos y para seres humanos, es la definición siguiente:

“yo concibo una escuela saludable como un lugar donde se puede estar tranquilo, mostrarse como uno es, dejarse afectar por los afectos, hablar, escuchar, aprender, inventar, encontrarse con los demás, disfrutar. (...). En la escuela sana se puede vivir y se desea vivir. Apenas hay ausencias. Todos tienen un lugar. Se trabaja, se inventa, se riñe. Se oyen palabras, gritos, risas. Hay movimiento, hay discusiones, hay cariños y manías. Actividad y calma. Ratos de libre elección y ratos de “hacer caso”. Ley y placer. Calidez y encuentros...” (Díez, M. 2007, p. 19).

Una escuela con esas características, es un espacio propicio para procurar la salud, tanto física como psicológica, puesto que se denota como todas las actividades se convierten en una oportunidad de crecimiento y desarrollo, se manifiesta y respeta la diversidad, es una escuela saludable y/o deseable la que propicia vivir y convivir, un espacio lleno de matices que enriquecen el desarrollo integral del niño y la niña, donde existe tolerancia, donde cada uno sabe y siente que forma parte importante de ella, constituyendo un espacio seguro donde encuentra la tranquilidad de saber qué hacer en cada momento, es un contexto construido por todos y para todos.

Con respecto a saber qué hacer en cada momento, se refleja la relevancia de analizar la rutina, que se abordó en: tiempos, momentos, descansos, liberaciones, entre otros; y se enfatizó en la relevancia de organizar el día a día

sin que esto sea un régimen inquebrantable sino algo que facilite la estancia de tantas personas juntas y todo lo que ello implica.

Cuando en la escuela está claro y organizado el día a día, tanto para el adulto como para los niños y niñas, se vuelve un espacio seguro donde cada uno/a se desenvuelve de manera espontánea, volviéndose más fácil la introducción o potenciación de hábitos que promuevan o propicien la conservación y prevención en salud en su sentido más amplio. Un espacio en el que organización y espontaneidad no tienen por qué ser antagónicos sino complementarios.

Cabe destacar, que una riqueza invaluable del aprendizaje es la espontaneidad, tanto desde el punto de vista del surgimiento de muchos aprendizajes como las oportunidades que en sí misma ofrece, algo que algunas veces se obvia porque en ocasiones dirigimos los esfuerzos al logro de aprendizajes ya alcanzados de la manera más simple “viviendo”, quedándonos el reto de propiciar espacios, actividades y experiencias que permitan la incorporación de hábitos de manera que estos también se conviertan en comportamientos espontáneos o auténticos, para lo que puede ayudar que las experiencias de aprendizaje sean agradables, divertidas y que representen el menor esfuerzo aparente o sencillamente seguridad en que puede.

Seguramente me quede corta al intentar explicar todas las ventajas de una escuela saludable, espero haber conseguido aproximarme a sus implicaciones, es tan importante para quienes nos interesamos por la higiene escolar y el concepto de escuela sana, tengamos mayor claridad para saber hasta dónde queremos llegar, y lo que se debe tener en cuenta en la prevención.

Así como son de infinitas las posibilidades de una vivencia positiva en la escuela que favorezca el desarrollo integral de la comunidad educativa, así representa un riesgo y una gran dificultad para cada uno de sus miembros, cuando la escuela se convierte en un espacio perjudicial y contraproducente. Así

lo expresa Díez, M. C. (2007, p. 19). “En la escuela enferma hay bajas labores de los maestros y dolores de barriga de los niños. Hay tensión, hay quietudes explosivas. Hay aprendizajes que se olvidan. Hay lejanía, competencia y soledad. No hay juegos, ni charlas, ni encuentros, pero sí lenguaje, matemáticas y conocimiento medio. Y sobre todo abunda la sensación de poca confianza en uno mismo, el miedo a equivocarse, el aburrimiento, las ganas de salir corriendo...”

En una escuela que enferma a la comunidad sobran los malestares, pretextos para no estar y no pertenecer a ella; se da cabida a: deserción académica, desmotivación, conformismo, y actitudes pesimistas hacia el aprendizaje, el trabajo, la convivencia y hacia la vida misma. Es evidente que este tipo de escuela es la que tiende a prevalecer en los casos que se pretenda homogeneizar y/o normalizar a sus principales fuentes de: vivacidad, diversidad y aprendizaje como lo son los niños y niñas inmersos en esa entidad. Donde el quehacer docente se ve como un simple y pesado trabajo, plagado obligaciones, compromisos sin cabida al afecto, gozo, disfrute y entusiasmo, por tanto no se visualiza como una experiencia vital.

Muchas veces, en el afán por procurar dar lo mejor a la infancia, nos ocupamos de reflexionar o soñar sobre todo aquello que nos gustaría que pudiesen disfrutar y vivir en la escuela, obviando el rol del maestro o maestra, y la importancia de su sentir durante su quehacer, casi siempre se logra transmitir más fácilmente lo que se siente que lo que se piensa, sin que necesariamente intervengan las palabras. Esto último se consigue gracias a la sensibilidad de la que estamos dotados en la infancia, pero es imprescindible prestar especial atención al intercambio de emociones y sentires del día a día, tomando en cuenta que apostamos por una educación con calidad y calidez, tendríamos que iniciar por reflexionar más sobre los sentires compartidos que también constituyen aprendizajes.

“Las relaciones entre profesorado y alumnado son especialmente relevantes; el profesorado sin saberlo transmite una serie de valores en sus interacciones cotidianas al alumnado, una serie de estrategias para la resolución de conflictos que en muchos casos son posteriormente repetidas” (Fleck y Prats, citado por Lera, 2003:1).

“Las relaciones entre profesorado y alumnado son especialmente relevantes; el profesorado sin saberlo transmite una serie de valores en sus interacciones cotidianas al alumnado, una serie de estrategias para la resolución de conflictos que en muchos casos son posteriormente repetidas” (Fleck y Prats, citado por Lera, 2003:1).

La labor de facilitador/a se cumple a todo momento, aunque muchas veces ocurre de forma inadvertida, por ello es muy importante que maestros y maestras tengamos presente que en la manera de actuar también se entrega parte de sí y “enseña.” En esta línea surgió la importancia de la escucha para acompañar los procesos de aprendizaje de una forma respetuosa y saludable, donde se tome en cuenta las particularidades sin olvidarse de los aspectos universales, como son los afectos que en gran medida influyen en el aprendizaje.

Desde hace muchos años que se observa la necesidad de implicarse en relaciones humanas para en el contexto escolar, pues es una labor de la escuela preparar condiciones para una vida en sociedad y no futura sino en el mismo instante vivido, razón por lo cual no se puede concebir que se ocupe únicamente de las cogniciones, esto la mantendría al margen de los que es educación, en este sentido cabe enfatizar lo planteado por Vigotski (citado por Restrepo, 2009:198) cuando hace referencia a:

“No sé por qué nuestra sociedad se ha formado un criterio unilateral sobre la personalidad humana, ni por qué todos toman los dotes y el talento solo con respecto al intelecto. Pero no sólo es posible pensar con talento, sino sentir talentosamente. El aspecto emocional de la personalidad no tiene menos importancia que otros y constituye el desvelo de la educación en la misma medida que el intelecto y la genialidad (...)”

La higiene escolar desde una perspectiva sensible representa una oportunidad para el cumplimiento de esta tarea, y a la vez es para esta una necesidad que toda la comunidad educativa llegue a sentir de manera talentosa, que no es nada fácil y que por esto es labor de la educación, no obstante es inminente la necesidad de modificar esa perspectiva, en la cual la prioridad la tiene el intelecto y dar el lugar que ocupa los afectos en los procesos educativos los que están inmersos en un contexto de socialización por tanto de afectividad, a este respecto se puede asegurar que: “Las relaciones entre afecto y conocimiento no son ni simples ni biunívocas. (...) el conocimiento no se adquiere ni se aumenta en un vacío afectivo” (Restrepo, 2008: 202).

Con base en lo anterior se puede decir que higiene escolar no solo es un proceso de matices metodológicos sino un intercambio continuo en el que se procura el bienestar, se celebran los logros, se asumen las dificultades como oportunidades, se disfruta lo que se hace y se obtiene el respeto, consideración y apoyo de todas y todos, en fin, donde se genera un clima afectivo que facilita la experiencia educativa tanto a niños y niñas como a maestras y/o maestros.

“La cuestión de la mejora del clima afectivo y emocional de las aulas y los centros resulta, (...), un ámbito de intervención relevante por un triple motivo por su incidencia en los alumnos a la hora de que sean capaces de atribuir “sentido” a lo que aprenden, por su incidencia en el clima de convivencia de aulas y centros escolares y por su incidencia en el equilibrio emocional del profesorado (Pérez, Reyes y Juandó 2001, citados por Echeita (2006) pág. 128.

Con lo anterior se pretende resaltar la importancia de las relaciones socioafectivas para el éxito del proceso de aprendizaje, donde la implicación afectiva de uno atañe a los demás miembros de la comunidad educativa, todos se encuentran en un circuito de relaciones humanas en las que se influyen recíprocamente, donde el maestro/a es considerado como parte del aula y no sólo un agente de la misma.

El ideal de escuela sería según Echeita (2006: Pag. 96) “el lugar donde todos sus miembros, tanto los alumnos como los adultos, se sintieran acogidos y miembros de pleno derecho, valorados e importantes para su comunidad, donde nadie, por aprender de una manera distinta o porque tuviera características singulares de uno u otro tipo, se situara por encima o por debajo de los demás y donde todos estuvieran llamados a aprender lo máximo posible en relación a sus intereses, capacidades y motivaciones”.

Velar por la higiene escolar en su más amplio sentido, se convierte en la oportunidad para verdaderamente facilitar la experiencia educativa compartida por todo aquel y aquella persona que se encuentra implicada en el proceso como en la vida misma de quien le rodea.

Cada vez que salía un aspecto para analizar y reflexionar, se partía de realidad educativa en la que vivimos, respetando nuestro contexto, intentado asumir una postura constructiva y no de jueces o críticos, los y las estudiantes visualizaron tanto fortalezas como debilidades y lo más importante –a mi parecer- se abrió un abanico de oportunidades, que surgen de la convicción de realizar el mejor esfuerzo por favorecer y/o propiciar contextos amigables con y para la infancia.

Entre los comentarios, ejemplos, análisis de citas, lecturas, observaciones, entrevistas, ejercicios prácticos, recursos y actividades que pueden ayudar a que niños y niñas disfruten lo que hacen, sobre todo cuando se trata de cuidarse y cuidar al otro. Queda claro que existe esa línea invisible e indescriptible en la que se debe cuidar de no exagerar, pero tampoco descuidar, solo cada situación concreta lo dirá o la hará perceptible, convirtiéndose en un reto del día a día. A demás queda latente el deseo de profundizar en todo lo que favorezca la vivencia de niños y niñas en la educación inicial y la certeza de que entre más profundizamos en muchos sentidos más nos hace falta.

En fin, gran parte de los compartido en la asignatura no lo conseguiré poner en palabras, fue una experiencia enriquecedora sobre todo porque dejó en la mayoría –espero- el deseo de vivir y convivir sanamente.

BIBLIOGRAFÍA

- Díez, M. C. (2007): *Mi Escuela Sabe a Naranja. Ser y estar en la escuela infantil*. (Primera edición). Barcelona (España):.Ed. Graó, Biblioteca de Infantil 22.
- Echeita, G. (2006). *Educación para la Inclusión o Educación sin Exclusiones*. Madrid: España. NARCEA, S.A. <http://revistas.ucm.es/edu/11302496/articulos/RCED0909120195A.PDF>
- Lera, M,J. (2003). *Las relaciones personales en los centros educativos*. p 2. Recuperado de <http://www.juntadeandalucia.es>
- Restrepo, G. (2009). *Contextos afectivos y cognitivos en los procesos de aprendizaje*. *Revista Complutense de Educación*, vol. 20 núm. 1 (195-204)
- VIÑAO, A. *Higiene, salud y educación en su perspectiva histórica*. *Educación*, Curitiba, n. 36, p. 181-213, 2010. Editora UFPR